

Romper el consenso. La izquierda radical en la Transición española (1975-1982), de Gonzalo Wilhelmi*

Eduardo Abad García

Doctorando en la Universidad de Oviedo

En la última década han ido surgiendo nuevas visiones sobre nuestra historia reciente y son numerosos los libros que tratan de abordar desde perspectivas críticas la transición al régimen político actual. Hasta hace bien poco destacaban los enfoques que asumían el relato unilateral que, mediante el sacrosanto mito de la Transición, hegemonizó una versión *oficial* de consensos y reconciliaciones, donde la lucha social y la violencia política era minimizadas. Afortunadamente, esta tendencia está cambiando o al menos ya no es la única presente. En ese sentido destacan, por sus interesantes aportaciones, obras como *El Mito de la transición. La crisis del franquismo y los orígenes de la democracia (1973-1977)* (2008) de Ferrán Gallego, o el más novedoso *Por qué fracasó la democracia en España. La Transición y el régimen del '78* (2015) de Emmanuel Rodríguez.

El recientemente publicado libro de Gonzalo Wilhelmi va un paso más allá al adentrarse en los entresijos del movimiento popular anticapitalista en la Transición, es decir, lo que comúnmente se conoce como izquierda radical o revolucionaria. No es la primera vez que estas organizaciones son fruto de un estudio monográfico, pero

* Gonzalo Wilhelmi, *Romper el consenso: La izquierda radical en la transición española*, Madrid, Siglo XXI de España, 2016, 430 pp.,



sí que se contextualizan con respecto a los avances y retrocesos de las luchas sociales en todo el Estado español. Ya en 1994 se publicaba el trabajo de José Manuel Roca *El proyecto radical. Auge y declive de la izquierda revolucionaria en España (1964-1992)*, la primera obra donde, lejos de localismos, el objeto de análisis eran específicamente estas organizaciones situadas a la izquierda del PCE. Un año más tarde, Consuelo Laíz

editaba su pionero libro *La lucha final. Los partidos de la izquierda radical durante la transición española*. Se trataba del primer análisis sociológico serio y riguroso sobre estos partidos, aunque el relato resultó muy constreñido por lo limitado de su enfoque, centrado en los cuadros y en el marco ideológico de algunas organizaciones.

Durante los últimos años, puede constatare un nuevo interés historiográfico por la izquierda revolucionaria española, fruto del cuestionamiento del mencionado relato historiográfico clásico sobre el régimen del 78. Han aparecido nuevas aportaciones en formato de comunicaciones en congresos, tesis doctorales y pequeños ensayos, contribuyendo a enriquecer el debate. También ha sido importante el papel de los exmilitantes, que han comenzado a construir memoria en torno a sus experiencias de lucha. En este sentido destacan la monografía sobre la historia del Partido del Trabajo de España (José Luis Martín Ramos, 2011), la publicación impulsada por Viento Sur acerca de la Liga Comunista Revolucionaria (VV.AA, 2014) o la más reciente y quizás no tan conocida de Mariano Muniesa, *FRAP, memoria oral de la resistencia antifranquista* (2016). En febrero de 2016 y coordinado entre otros por el propio Wilhelmi, tendrá lugar el congreso *Los otros protagonistas de la transición. Izquierda radical y movimientos sociales*, que vendrá a suponer un salto cualitativo en la consolidación de una visión crítica y desde abajo del proceso de la Transición.

El autor posee una amplia experiencia en el estudio del movimiento autónomo y libertario en el último tercio de siglo^[1] y de

los movimientos sociales. Su tesis doctoral, centrada en Madrid, es un pionero estudio local de los mismos temas que se desarrollan en el presente libro. Éste se centra en el estudio de distintas fuerzas comunistas: Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT), Movimiento Comunista (MC), Partido del Trabajo de España (PTE), Partido Comunista de España (marxista-leninista)-(PCE (m-l) y la Liga Comunista Revolucionaria (LCR). Pero también incluye a los nacionalismos revolucionarios del País Vasco, Cataluña, Galicia y Canarias, además de otras organizaciones como los cristianos de base, el movimiento autónomo, el libertario y los distintos movimientos sociales (obrero, feminista, vecinal, estudiantil, pacifista, de liberación homosexual, de minusválidos y hasta de presos comunes).

La obra, que incorpora un significativo anexo con un listado de víctimas de la violencia estatal entre 1975 y 1982, se inicia evocando un acontecimiento que supone un salto cualitativo en la estrategia de la izquierda revolucionaria: el éxito de una huelga general política en diciembre de 1974 llevada a cabo por las CCOO de Navarra y parte de Euskadi e impulsada por ORT, MCE y LCR, pese a la negativa del PCE. Tras este comienzo, se desgana el objetivo general de la publicación: aclarar quiénes componían estas fuerzas, cuál era su origen y por qué fueron objetivo prioritario de la labor represiva del aparato franquista. Para llegar a ello, el autor se basa no tanto en la línea política de las organizaciones como en su intervención social y los testimonios de sus militantes. Como Wilhelmi muy bien señala, se trataba de un espacio político muy fragmentado y con grandes dosis de sectarismo, pese a compartir proyectos relativamente similares, entre ellos sus objetivos a medio plazo; no olvidemos que no solo trataban de derribar el régimen fran-

1.- *Armarse sobre las ruinas. Historia del movimiento autónomo en Madrid (1985-1999)*, Madrid, Potencial Hardcore, 2002. *Tomar y hacer en vez de pedir y esperar. Autonomía y movimientos sociales (Madrid, 1985-2011)*, Madrid, Solidaridad Obrera, 2012. *El movimiento libertario en la transición*, Madrid, 1975-1982, Fundación Salvador Seguí, 2012}

quista, sino que defendían una alternativa socioeconómica al sistema capitalista, que el autor califica genéricamente como «socialista». Además, poseían la misma base social, lo que él llama la «izquierda radical sociológica», aunque no explica exactamente cuáles son sus características.

En la primera parte, «La izquierda revolucionaria y la ruptura (1975-1977)», el autor comienza analizando la participación de esta corriente en los distintos movimientos de masas antifranquistas, en una etapa durante la cual llegaron a adquirir una importante proyección popular, pese a su ilegalidad y las consecuencias represivas que de ello se derivaban. En su pugna por influir en el movimiento obrero, estas organizaciones trataron de impulsar la combatividad de los trabajadores frente a la contención del PCE. En esta parte, se destacan las contribuciones de estos grupos a los distintos movimientos sociales. Se repasan luego las principales características de cada organización, utilizando sus testimonios orales, su prensa militante y su documentación interna. Son de especial importancia las cuestiones relacionadas con la represión. A medida que el proceso se fue perfilando, estos partidos lucharon decididamente por la ruptura democrática, pese a la consolidación de la reforma. Ante la negativa del principal partido del antifranquismo a impulsar una movilización política general contra la Dictadura, fue la izquierda revolucionaria quien tomó el testigo sin mucho éxito. Su incapacidad para extender y coordinar las movilizaciones a todo el Estado, unida al sectarismo existente, hicieron que no fuera posible lograr otra alternativa política. En ese contexto, se vislumbra una separación entre un sector que acepta las conquistas arrancadas al régimen y aboga por una negociación sin renunciar a cuestiones básicas (amnistía, autodeterminación, elecciones libres, etc.), frente a otro

que apuesta decididamente por la insurrección o la acción directa para lograr la ruptura previo paso al socialismo/comunismo. La violencia policial y ultraderechista impune en estos convulsos años caracterizó el comportamiento del régimen. De ahí que la exigencia de justicia y depuración fue una batalla política del conjunto de la izquierda revolucionaria frente a los titubeos de la izquierda constitucional, más proclive a considerar que lo importante era dar estabilidad al proceso.

El libro plantea cuestiones tan interesantes como, por ejemplo, las contradicciones entre la estrategia «etapista» defendida por algunas organizaciones que demandaban un sistema democrático con algunas conquistas (autodeterminación, disolución cuerpos represivos, etc.), y sus propios análisis sobre las limitaciones de la democracia burguesa. Otra contradicción que resalta es la dinámica interna de los propios partidos, que frente a su demanda de democracia política no son capaces de regenerar democráticamente sus propios órganos. Todo esto en un contexto donde la frenética actividad y el dogmatismo impedían debates abiertos entre la militancia, en el marco del cambio de clandestinidad a libertad política.

La ruptura representó un cambio profundo que debía llegar a los centros de trabajo y a la vida cotidiana. Wilhelmi defiende que el principal problema de estos partidos fue no saber vincularla con las demandas básicas de los movimientos populares, más que la contención del PCE o la inexistencia de un anhelo de ruptura entre las clases subalternas. Los malos resultados obtenidos en las elecciones de junio de 1977, a excepción de Euskadi, Navarra, Galicia, Canarias y Cataluña, supusieron un jarro de agua fría. Al constatar que el apoyo que habían obtenido en las luchas sociales no se traducían en votos.

En la segunda parte, «Consenso, pacto

social y constitución (1977-1979)», el autor se adentra en el nuevo contexto por el que atraviesa la izquierda revolucionaria tras el fracaso de la primera contienda electoral y la constatación paulatina de la derrota de sus posiciones. Con la legalización de la mayoría de los partidos, estos continúan con su intenso activismo, aunque sin democratizarse internamente. Especialmente aquellos partidos más grandes, como el PTE y la ORT, volcaron sus acciones en tratar de amoldarse al nuevo marco postfranquista, ofreciendo una cara más moderada. Estos giros bruscos se produjeron sin consultar a la militancia, que llegó a endeudarse personalmente para pagar las desproporcionadas campañas electorales. Rasgo común de toda la izquierda radical (marxista o no) fue la crítica frontal a la deriva eurocomunista del PCE, en el plano teórico, pero sobre todo en la praxis cotidiana de los dirigentes de este partido. Aun así, no existieron cauces viables para una dinámica unitaria por la actitud agresiva de estas organizaciones, que mientras llamaban a la unidad mantenían actitudes desproporcionadamente sectarias.

Por su parte, el movimiento libertario y autónomo atravesó una época de reorganización y de impulso, pese a la persecución estatal con campañas de criminalización como el conocido *caso Scala*. El libro también analiza brevemente el «éxito» de las izquierdas nacionalistas (vasca, catalana, canaria y gallega) en contraposición de lo que sucede en el resto del Estado español.

Otros aspectos importantes fueron la organización de los presos comunes o la lucha por la dignidad de las víctimas del franquismo. Sin embargo, las principales batallas de estos años fueron la lucha contra el paro y frente a dos de los hitos de la Transición; los Pactos de la Moncloa y la Constitución de 1978, ante los que la izquierda revolucionaria trató de poner en marcha distin-

tas alternativas. A la falta de éxito en esas dos batallas se unieron los resultados de las elecciones generales y municipales de 1979, una vez más insuficientes para las propias expectativas que se habían marcado estas organizaciones.

La tercera parte, «Frente al golpismo y el desencanto (1979-1982)», se adentra ya en la última etapa de la Transición, que para algunas organizaciones supone su fase de declive. El contexto, marcado por la consolidación del proyecto reformista, la represión y la amenaza golpista, limitan las opciones de los grupos revolucionarios, que poco a poco fueron debilitándose. Probablemente el caso más llamativo sea el de la ORT y el PTE que tras unificarse acaban disolviéndose al poco tiempo. Aunque en definitiva todas las corrientes dentro de la izquierda anticapitalista sufrieron una severa crisis, eso no supuso el final de los movimientos de masas, ni de las lógicas de sus partidos. Se trata de un reordenamiento transversal. El movimiento obrero se moviliza ante las nuevas ofensivas del capital y además se consolidan otros movimientos como el pacifista, juvenil o feminista. Finalmente, el efecto del golpe de Estado del 23-F se hizo notar, provocando una gran desmovilización.

Los límites de la lucha institucional se analizan en el libro basándose en el caso del Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria, en manos de la Coalición electoral Unión del Pueblo Canario (UPC), durante 16 meses, con un amplio programa de transformaciones sociales y democráticas. Las políticas de la izquierda radical en esta última etapa estuvieron caracterizadas por su carácter de resistencia, favoreciendo experiencias locales y tratando de unificar en lo posible las luchas, en un marco cada vez más desfavorable.

Particularmente interesante resulta el análisis que se hace en el libro de la viola-

ción de los derechos humanos y la vinculación del Estado con la violencia ultraderechista y parapolicial. Además, se ofrece un análisis pionero donde se expone las alternativas de estas organizaciones en materia de «seguridad ciudadana» frente a las políticas del gobierno y la criminalización social de los barrios obreros

El autor ahonda, en las conclusiones, en el papel determinante en la lucha contra el franquismo de los militantes organizados en la izquierda revolucionaria, para los cuales organizar la ruptura democrática y conquistar el socialismo/comunismo eran parte de su proyecto vital. La apuesta por la ruptura estaba muy vinculada a la transformación revolucionaria de todos los aspectos de la vida, pero se reveló ineficaz y no logró unificar al antifranquismo más combativo frente al reformismo. Para Wilhelmi la apuesta del PCE por la reforma era una posición legítima, pero no la única posible, aunque sin el PCE era casi imposible la ruptura. En el plano local, la izquierda rupturista logró, pese a sus contradicciones ideológicas, impulsar programas de democratización en aquellas zonas donde tenía acceso o influencia en las estructuras de poder. Frente a la crisis económica, se elaboraron amplios programas que iban desde el plano más teórico hasta el más pragmático, y se apostó por redoblar la combatividad en el plano sindical. La lucha contra la impunidad de asesinos y torturadores, o la defensa de la legalidad republicana fueron también puntas de lanza de la lucha social defendida por estas organizaciones. Pese a

que la izquierda revolucionaria fue derrotada, el autor sostiene que su principal aportación fue condicionar algunos aspectos de la Transición y abrir debates fruto de sus propuestas sobre cuestiones centrales que aún hoy están por resolver.

Se trata, pues, de un libro bastante completo, que tiene en cuenta muchos aspectos inéditos hasta el momento. No obstante, también tiene sus limitaciones, como la propia forma de estructurar los distintos capítulos, a medio camino entre la historia de las organizaciones y la de los movimientos sociales, que hace que en algunos tramos se repitan las mismas cuestiones. Por otro lado, aunque la obra analiza buena parte de las organizaciones de la izquierda revolucionaria, se centra demasiado en algunas de ellas, mientras que otras solo aparecen de forma residual y sus experiencias no son muy tenidas en cuenta. Tal es el caso de las organizaciones comunistas ortodoxas o *prosoviéticas*, que solo figuran en el libro para afirmar erróneamente que estaban a favor de los bloques militares al igual que el PCE. Además, se echa en falta una mayor profundización en torno a la historia social de las militancias y un mayor peso de las fuentes orales.

En todo caso, la obra supone un auténtico soplo de aire fresco, por su análisis riguroso y bien contextualizado, que va camino de convertirse en un libro de referencia sobre este campo, al dar voz a los y las principales protagonistas, en el ámbito político y social, de los grupos y organizaciones que lucharon por la ruptura democrática y el socialismo.